

## Presentación

En nuestra sociedad hay un enorme miedo al aburrimiento y lo combatimos mediante el entretenimiento que narcotiza nuestra capacidad de atención. Lo superficial, lo efímero, es muchas veces el antídoto que convierte la existencia humana en un *zapping* vital. Las formas preferidas de entretenimiento son ahora aquellas que producen una gratificación inmediata y que no exigen apenas esfuerzo. De forma creciente, la calidad de una vida comienza a medirse por la cantidad de diversión que contiene. Como en realidad no se puede ser feliz –viene a decirse– vamos a intentar al menos vivir entretenidos, vivir sin padecer la angustia de la soledad.

La diversión de los adolescentes y los jóvenes es una cuestión que preocupa a muchos padres, a los educadores y a la sociedad en general. Para muchos ciudadanos la diversión de los jóvenes es un problema educativo importante y delicado, todavía sin resolver, y que apenas ha sido planteado en los distintos niveles educativos. Una educación integral de la persona no puede olvidar, o relegar a un segundo plano, la cuestión del ocio. Divertirse, en particular los fines de semana, es algo *imprescindible* para la gran mayoría de los jóvenes de hoy. Su gran afán por divertirse les lleva a una preparación pormenorizada de cada fin

de semana, lo que en muchos casos les ocupa buena parte de su tiempo semanal. En realidad, los adolescentes y los jóvenes anhelan distraerse, divertirse, desconectar de la rutina habitual.

A muchos padres no les gustan –ni comprenden– las actividades de ocio que sus hijos llevan a cabo los fines de semana. Algunos de ellos, quejosos y preocupados, no saben qué hacer, no son capaces de ofrecer a sus hijos alternativas positivas y atractivas al ocio de moda, que les disgusta y que arrastra casi irremediabilmente a sus hijos. El concepto de diversión de estos padres difiere radicalmente del de sus hijos. Son padres que se sienten desorientados, incluso a algunos la situación –dicen– les llega a superar por completo. Lo que más desean saber es lo que tienen que decir y hacer para que sus hijos les escuchen y les respeten, y la convivencia diaria con ellos sea mejor. Otros piensan que la solución está en aumentar el control sobre sus hijos. Sin embargo, no tardan en comprobar que el control no es nunca la solución. Controlar no es educar, ni enseñar a divertirse, ni, por supuesto, enseñar a administrar correctamente la libertad. Sin embargo, llama poderosamente la atención cómo muchos de estos padres, que están preocupados por sus hijos, les proporcionan luego los medios económicos que necesitan para dar rienda suelta a sus caprichos los fines de semana.

En nuestro país el ocio nocturno es una realidad que está en auge, mueve mucho dinero y ofrece muchas posibilidades. Es el ocio preferido por los jóvenes. El número de chicos y chicas de edades comprendidas entre los quince y veintidós años que disfrutan de la noche ha crecido espectacularmente en los últimos años. Los padres, desbordados por esta nueva costumbre, coinciden en que es muy difícil mantener la paz y la disciplina en casa. De hecho, las discusiones por el horario de regreso en las salidas del fin de semana y los problemas asociados a la diver-

sión de los jóvenes –el exceso de alcohol, el consumo de drogas, las conductas antisociales, los accidentes de tráfico– han propiciado que el ocio de los jóvenes sea una de las grandes preocupaciones de muchas familias. El ocio así considerado, lejos de ser algo que une, desune. Se trata en este caso de un ocio nocivo, que destruye. Un ocio que nada tiene que ver con una ocupación libre y gustosa, que sea expresión de la propia personalidad, y ayude a crecer como persona.

Se hace urgente convertir el ocio y el tiempo libre de los jóvenes en un reto, una meta educativa –más que una disciplina curricular– que ocupe con ilusión y efectividad a los padres y a todos los docentes. Es preciso persuadirles de la necesidad de una educación, personal y colectiva, que permita a los jóvenes de hoy disfrutar de un tiempo de ocio con dignidad y con un pleno ejercicio de su libertad, es decir, una educación para el ocio que mejore al ser humano como tal.

Educar a los jóvenes para sus ratos de diversión requiere un aprendizaje por parte de quienes aspiran a educarlos. Este aprendizaje exige en primer lugar un hondo conocimiento de las necesidades, anhelos e intereses del joven de nuestros días, es decir, saber qué le divierte y con quién quiere divertirse. En segundo lugar, pide un tiempo para el diálogo, un esfuerzo personal y una gran dosis de cariño y de amor a la libertad. De hecho, se trata de aprender a despertar intereses, ofrecer posibilidades, motivar actitudes, proporcionar información y ayudas de todo tipo, evitando a toda costa el *dirigismo* que se opone siempre a la libertad del ser humano. Hay que superar el *miedo a la libertad* de los jóvenes, que a veces surge en los padres y educadores. Esto, por supuesto, no significa que en la educación de los chicos y las chicas los límites no deban existir. Está claro que a los hijos no se les puede dar más libertad de la que son capaces de

manejar con sensatez. La cuestión crucial está en saber educar en la responsabilidad, marcando –siempre que sea necesario– unos límites e impidiendo con firmeza que los hijos los sobrepasen.

Los adolescentes y los jóvenes de hoy son muy diferentes de los de hace tan solo unos pocos años. También lo son sus padres y la sociedad en la que les ha tocado vivir, que en definitiva son quienes les educan. Las quejas sobre su modo de comportarse son frecuentes; sin embargo, nos gusta destacar que en algunos aspectos los jóvenes de hoy son mejores que lo que fuimos muchos de nosotros en esa etapa de la vida: son más solidarios ante las desgracias y catástrofes y más respetuosos con la naturaleza, por poner dos ejemplos.

Los objetivos de este libro son dos. El primero de ellos es dar cuenta –sin ningún afán alarmista– de cómo se divierten nuestros jóvenes de edades comprendidas entre los quince y veintidós años y qué les mueve a hacerlo de ese modo. El segundo es ofrecer a los padres y educadores algunas pautas que puedan ayudarles en la educación del ocio y de la diversión de los jóvenes de esas edades. Con la ilusión de alcanzar ambos objetivos hemos escrito estas páginas, que van dirigidas, en particular, a padres y educadores y, en general, a todas las personas interesadas en la educación de los adolescentes y de los jóvenes de hoy.

El libro está organizado en ocho capítulos. En el primero presentamos un breve estudio sobre «ocio» y «diversión», términos ambos con pluralidad de significados. Tener tiempo libre no implica estar ocioso. Llama la atención que mientras en algunos ámbitos el ocio se considera un lujo, en otros se confunde con la ociosidad. Sin embargo, una vez aceptada la necesidad de descanso el ejercicio del ocio se considera más bien una ocupación libre y gustosa. Por su parte, «diversión» etimológicamente tiene que ver con separación, separación del trabajo, de

los problemas y las preocupaciones, apartamiento de lo cotidiano. El capítulo segundo está dedicado propiamente a la diversión de los jóvenes de hoy. Qué divierte a los jóvenes, con quién y dónde quieren divertirse, cuáles son sus preferencias a la hora de pasarlo bien: éstas son algunas de las cuestiones que abordamos en sus páginas.

Uno de los problemas que más preocupa a los padres de hoy, y que está asociado a la diversión de sus hijos, es el consumo de alcohol y drogas en los fines de semana. Parece que uno no puede divertirse si no bebe o no se droga. De hecho, el acceso al alcohol y a las drogas es muy fácil en nuestra sociedad. En el capítulo tercero damos cuenta de un nuevo modelo de alcohólico: *el alcohólico joven*, un joven –chico o chica– menor de veinticinco años que para divertirse bebe compulsivamente con los amigos los fines de semana. El consumo de drogas, que –tal como hemos apuntado– forma parte también de la diversión de los jóvenes, lo abordamos en el capítulo cuarto. En este capítulo tratamos de mostrar qué factores individuales inducen a iniciarse en el consumo de drogas y qué factores sociales facilitan el contacto con estas sustancias.

Ante los modelos sexuales actuales y sus alternativas es difícil mantenerse imparcial e indiferente. Sin embargo, ninguno se impone como «bueno» ni tampoco ningún otro se rechaza como «malo». Muchos jóvenes intentan adaptarse a todos ellos porque consideran que no hacerlo supone no ser democrático. En el capítulo quinto estudiamos el rol que adoptan los jóvenes respecto a los modelos sexuales en boga.

El capítulo sexto está dedicado al valor de la amistad en la vida de los jóvenes. Los adolescentes y los jóvenes rotundamente quieren divertirse con sus amigos. Es decir, el «con quién» está siempre por encima de «el qué». Salir con los amigos es una

de las actividades que los jóvenes asocian a un mayor disfrute. Esta preferencia pone de manifiesto una vez más *la amistad* como un valor primordial en su vida. En el capítulo séptimo aspiramos a mostrar la utilización de las nuevas tecnologías en el ocio de los jóvenes y la incidencia y repercusión que éstas tienen en sus relaciones de amistad. En este sentido, parece que el mundo de las nuevas tecnologías, al contrario de lo que suele afirmarse, no siempre está ligado principalmente al trabajo. Además, los jóvenes son el grupo que menos percibe el posible conflicto de las nuevas tecnologías con otros valores.

Si a los hijos se les da la libertad que les es propia, es decir, de acuerdo a su edad y madurez, llegarán a ser personas responsables, y probablemente serán capaces de lograr ese ensanchamiento de miras que les permita aspirar a objetivos más altos que la mera diversión *a toda costa* en su tiempo de ocio. Planificar los fines de semana y las vacaciones con antelación y hondura, sin escatimar esfuerzos de ninguna clase, ofrecer a los hijos planes que sean de su interés, sanos y divertidos, son –entre otras– algunas de las recomendaciones que en el capítulo octavo ofrecemos a esos padres preocupados por la diversión de sus hijos.

A lo largo del texto reunimos algunos testimonios, sobre todo, de alumnos nuestros. Como es lógico, hemos cambiado los nombres y algunas de las circunstancias para respetar adecuadamente la intimidad de esos testimonios.

Finalmente, queremos expresar nuestro agradecimiento a la Biblioteca de la Universidad de Navarra por el apoyo que nos ha prestado a lo largo de este tiempo de investigación. Agradecemos también a Javier Elzo la ayuda recibida a través de sus estudios y trabajos sociológicos, y al Instituto de la Juventud (Injuve) su amplio y accesible programa editorial –en papel y electrónico– sobre la realidad juvenil y las transformaciones que

---

se producen en la población joven. También queremos agradecer al agente de policía Ignacio su amable ayuda al hacernos partícipes de sus experiencias profesionales en relación con el ocio juvenil nocturno, a Miquel Àngel Serra –biólogo e investigador del Parc de Recerca Biomèdica de Barcelona (PRBB)– la lectura del capítulo IV, así como sus enriquecedores comentarios y sugerencias, y a todos aquellos jóvenes, familiares y colegas que con sus conversaciones y lecturas del borrador de estas páginas tanto nos han ayudado en esta publicación. A todos, nuestro más sincero agradecimiento.